

otros pasados

ontologías alternativas y
el estudio de lo que ha sido

Editado por
Felipe Rojas,
Byron Ellsworth Hamann y
Benjamin Anderson

Fondo de Promoción de la Cultura



Otros pasados

ontologías alternativas y el estudio de lo que ha sido



Rojas, Felipe, autor de prefacio, autor. | Hamann, Byron Ellsworth, autor de prefacio, autor.
| Anderson, Benjamin, autor de prefacio, autor. | Petry Cabral, Mariana, autor. | Langebaek
Rueda, Carl Henrik, autor. | Kosiba, Steve, autor. | Niño Vargas, Juan Camilo, autor. | Giraldo,
Santiago, autor. | Moser, Jeffrey, autor. | Podgorny, Irina, autor. | Schnapp, Alain, autor.

Título: Otros pasados *ontologías alternativas y el estudio de lo que ha sido* / editado por Felipe
Rojas, Byron Ellsworth Hamann y Benjamin Anderson.

Descripción: Bogotá: Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes: Fondo de Promoción de
la Cultura, 2022. | 372 páginas: ilustraciones; 16.3 x 23.3 cm.

Identificadores: ISBN 978-958-9003-93-0 (rústica) | ISBN 978-958-9003-94-7 (electrónico)

Materias: Arqueología | Pasado | Historia

Clasificación: CDD 930.1–dc23

SBUA

Otros pasados ontologías alternativas y el estudio de lo que ha sido

2022

© de la primera edición, Fondo de Promoción de la Cultura, 2022

© del prefacio, Felipe Rojas, Byron Ellsworth Hamann, y Benjamin Anderson

© de los textos y la traducción, Jeffrey Moser, Mariana Petry Cabral, Irina Podgorny, Byron
Ellsworth Hamann, Carl Langebaek, Juan Camilo Niño Vargas, Santiago Giraldo, Felipe
Rojas, Steve Kosiba, Benjamin Anderson, Alain Schnapp

Diseño: Jorge Hernán Zambrano | Surreal SAS

ISBN 978-958-9003-9-30

Fondo de Promoción de la Cultura

Zetta Comunicadores S.A.

Bogotá, Colombia

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales

Carrera 1.ª n.º 18 A-12, bloque G-GB, piso 6, Bogotá, Colombia

Vigilada Mineducación

Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964

Reconocimiento personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949

Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación

Otros pasados

- Descaches epistemológicos — a manera de prefacio 9
Felipe Rojas, Byron Ellsworth Hamann, y Benjamin Anderson
- Cuando un pájaro viviente es un vestigio arqueológico:
considerando la arqueología desde una perspectiva de
conocimiento diferente 25
Mariana Petry Cabral
- Las prácticas de perspectivismo: las Casas, Durán, y el
pasado presente (o cómo escribir la etnografía de España
desde las Américas) 53
Byron Ellsworth Hamann
- El pasado ajeno: el tiempo criollo y el tiempo prehispánico
en Colombia 83
Carl Langebaek

- El pasado pesa tanto como una montaña: lugares
ancestrales y perspectivas diferentes sobre la historia en el
imperio inca 111
Steve Kosiba
- Pasados vegetales, presentes humanos, futuros animales:
orden del mundo y el tiempo entre los chibchas (norte de
Colombia y baja Centroamérica) 163
Juan Camilo Niño Vargas
- «Eso no es así»: pasados inconmensurables en la Sierra
Nevada de Santa Marta 195
Santiago Giraldo
- La escultura estratigráfica: estudio de un caso de
geoestética 205
Jeffrey Moser
- La recurrencia de Babilonia: historia local, historia
universal, y arqueofilia comparadas 245
en Afrodiasias, Van, y la Ciudad de México
Felipe Rojas
- La Quimera de Vasari: ontologías del estilo 283
Benjamin Anderson

Revivir de la basura: las extinciones históricas, la experiencia del pasado, y la arqueología de los fósiles recientes de la década de 1860	309
<i>Irina Podgorny</i>	
Las ruinas de lo absoluto: tres miradas cruzadas sobre el pasado en occidente	337
<i>Alain Schnapp</i>	
Perfil de los autores	365

Ed. by Elder^d. John Johnson. Printed
 published March 22^d 1819.
 by Whittle & Laurie, Fleet St. London.



... found on Funk Island, 1863, sent to A. N. by the B...
 by Prof. Owen and the subject of his paper in Trans. Zool...

Add. 9839/2/89

Glaucorum Shad

STAPLES SOUND

Islestone Shad

Miles (about) 2

Ox Scar

The Elms

Megstone

Radman



Quartical

Revivir de la basura: las extinciones históricas, la experiencia del pasado y la arqueología de los fósiles recientes en la década de 1860

Irina Podgorny

INTRODUCCIÓN: KARL VON BAER Y LAS EXTINCCIONES HISTÓRICAS

Este ensayo es una parábola sobre el nuevo tipo de conciencia histórica surgida, en parte, de los desechos producidos durante la expansión global del capitalismo y la transformación de esos detritus en evidencia del pasado. En particular, se refiere a los restos de los animales aniquilados en su encuentro con pescadores, marineros y cazadores, un proceso ocurrido en los márgenes de las rutas de navegación y comercio y del cual no se tenían evidencias claras. Visto desde hoy, podría tomarse como parte de esa larga historia que Robert Proctor llama «la producción cultural de la ignorancia» y que en nuestro caso en particular, y como decía uno de los protagonistas de esta historia, se conecta con esa costumbre tan expandida de negar el conocimiento producido en otras lenguas, que no siempre es el de las minorías sino el pensado y elaborado en las academias de los imperios rivales.¹

1 Robert Proctor, «Agnotology. A Missing Term to Describe the Cultural Production of Ignorance (and Its Study)», en Robert Proctor y Londa Schiebinger, *Agnotology: The Making and*

En efecto, en enero de 1861, dos años después de la publicación del *Origen de las especies*, el embriólogo ruso-alemán Karl von Baer brindó una conferencia en la Academia de Ciencias de San Petersburgo sobre la extinción de las especies desde los puntos de vista fisiológico y no-fisiológico.² Señalaba que la extinción (*Aussterben*) era incomparable con la muerte de los individuos (*Absterben*), un proceso, según él, semejante al suicidio (*Selbst-Mord Prozess*) y, por otro lado, inevitable. Nada hacía pensar, en palabras de von Baer, que las especies estuvieran predestinadas a desaparecer por su incapacidad para progresar. Por el contrario, la extinción se trataba del resultado de la combinación de una serie de acontecimientos contingentes, tal como los procesos geológicos y climáticos y las condiciones de propagación y reproducción, los cuales, eventualmente, podían derivar en la desaparición de los tipos animales afectados por esos cambios.

Su conferencia se refería, en particular, a las especies animales que, habiendo interactuado con la humanidad, habían desaparecido en edades relativamente recientes. Von Baer distinguía entre las extinciones ocurridas en los tiempos geológicos y en los periodos históricos y, para estas últimas, diferenciaba tres tipos según el grado de intervención de los humanos: extinción, exterminio y obliteración (*Aussterben, Vertilgung, Ausrottung*). Discutía, además, con quienes moralizaban acerca de la responsabilidad o fallo intrínseco de las mismas. Von Baer tomaba los casos del manatí o vaca marina del Pacífico norte (*Rhytina stelleri*), el dodo (*Raphus cucullatus*), el solitario de Rodrigues (*Pezophaps solitaria*) y el alca gigante, conocida entonces como *Alca impennis*.³ Este mamífero marino y esas aves llenas de grasa, incapaces de volar o de correr, esos mamíferos lentos, gordos y pesados, compartían varias características, por lo menos desde el punto de vista de quienes los cazaron: una presa fácil por su lentitud que vivía en las islas que, en los siglos XVIII y XIX se habían integrado a las rutas de navegación y de explotación de los recursos marinos por parte de las empresas pesqueras de la era

Unmaking of Ignorance (Stanford: Stanford University Press, 2008), 1-36.

2 Karl von Baer, «Über das Aussterben der Thierarten in physiologischer und nicht physiologischer Hinsicht überhaupt, und der Untergang von Arten, die mit den Menschen zusammen gelebt haben», *Bulletin de l'Académie impériale des sciences de St. Pétersbourg* 3 (1861): 367-396.

3 Ver, por ejemplo, la parábola sobre el alca en la introducción de Charles Kingsley, *The Water-Babies*, editado por Richard Kelly (Ontario: Broadview, 2008), 37-38 donde esta ave es juzgada como culpable de su propio destino, es decir, de su desaparición. El nombre científico adoptado en la actualidad es *Pinguinus impennis*.

industrial. Ninguno de esos animales, por otro lado, fue transformado en aquello que Kant llamó «artefactos del Estado» para referirse al ganado, la caza, las aves de corral y las pesquerías, es decir, ninguno fue transformado en *artefacto* por obra de la administración estatal y privada. Quizás, su extinción se haya debido, principalmente, a eso. La naturaleza, a fin de cuentas, no gana ni pierde nada.

Pero, hacia 1860, la evidencia de las extinciones ocurridas en los tiempos históricos no era contundente y se dudaba: al compararlas con las toneladas de huesos procedentes del profundo tiempo geológico, las pruebas se disolvían en el carácter elusivo del presente o, mejor dicho, en el del pasado inmediato, algo que pasa de manera inasible delante de nuestros ojos. En parte, como destacaba von Baer, porque la zoología no contaba con métodos para registrar y «observar» los cambios en el tiempo y en el espacio contemporáneo, una ausencia que ayudaba a ocultar que las fuerzas de la extinción —fueran las que fueran— seguían actuando aquí y ahora y que, lamentablemente, no eran cosa del pasado remoto sino de acuciante actualidad.

Vera Keller nos ha recordado que el concepto de «pérdida» en el mundo natural existió mucho antes que la idea de extinción se instalara en las disciplinas científicas de fines del siglo XVIII. En efecto, siempre se repite que solo a partir de entonces el proceso de extinción aparece como un hecho incontestable, de causas no siempre claras. Sin embargo, argumenta Keller, en los inicios de la era moderna y en los márgenes de la filosofía natural, más de uno tuvo que confrontarse con entidades cuya existencia no podía constatarse ni observarse en el presente.⁴ Este capítulo considera el problema de la pérdida natural pero en la era industrial, cuando los humanos conviven con los restos de algo que está y no está o que estuvo de una forma y los contemporáneos observan de otra manera, sin poder asegurar que se trata de lo mismo. Para ello, toma el caso paradigmático del alca gigante y las técnicas y métodos usados por los zoólogos de la década de 1860 para dar cuenta de las poblaciones de aves y animales salvajes que, hasta muy recientemente, habían sido cazadas, comidas y observadas.

4 Vera Keller, «Nero and the Last Stalk of Silphion: Collecting Extinct Nature in Early Modern Europe», *Early Science and Medicine* 19 (2014): 424-447.

LA NATURALEZA DE LOS «FÓSILES RECIENTES»

La conferencia de von Baer se publicó en tres partes, cada una dedicada a un problema y a una especie. La primera, por ejemplo, trataba de las generalidades del proceso de extinción y de la desaparición del manatí del Pacífico o vaca marina de Steller. La más difundida fue, sin embargo, la segunda, que consistía en la traducción de una obra originalmente escrita en danés y dedicada a una especie de ave recientemente extinguida: *Alca impennis* (figura 1).⁵

Leída de esta manera, los ornitólogos británicos la calificaron como »apenas una traducción, con pocos aportes originales»,⁶ sin comprender que con ambos casos —el manatí y el alca—, von Baer deseaba demostrar que el proceso de extinción continuaba en el presente y que la paleontología, lejos de detenerse allí donde comenzaba la historia y se abandonaba el tiempo profundo, debía prestarle atención a los animales desaparecidos en los últimos milenios. Von Baer, de hecho, abogaba tanto por la inclusión del presente en la historia de la naturaleza como por el uso de las fuentes históricas en los métodos de la paleontología. Al hacerlo, discutía con los paleontólogos ingleses cuestionándoles su tozudez en no tratar la extinción histórica como parte de una disciplina que, al mismo tiempo, manejaban con maestría. En esa misma línea y un siglo más tarde, Nicolaas Rupke argumentó que los gráficos publicados en la Inglaterra decimonónica ilustrando la estratigrafía geológica transmitían la idea que la historia terrestre había sido un proceso teleológico cuya última fase estaba marcada por la aparición de nuestra especie. Mientras que el llamado tiempo geológico, en realidad, hablaba de la insignificancia temporal de la historia humana, la representación visual de las secuencias geológicas sugería que las fuerzas y procesos dominantes en el tiempo profundo se habían apagado para dar paso al reino

5 Ver Ludwig Stieda, *Karl Ernst von Baer. Eine biographische Skizze* (Braunschweig: Vieweg, 1878). La tercera parte fue traducida y publicada por Andreas Wagner como «Über die geographische Verbreitung der *Alca impennis* nach den Mitteilungen von Herrn Prof. Jap. Steensrup in Kopenhagen», en *Gelehrte Anzeigen der bayerischen Akademie der Wissenschaften* 25 (1860).

6 Alfred Newton, «The Gare-Fowl and its Historians», *The Natural History Review: A Quarterly Journal of Biological Sciences* 5: 17-20, 467-488; William Preyer, «Der Brillenalk, (*Plautus impennis*) in Europäischen Sammlungen,» *Journal für Ornithologie* 10 (1862): 77.

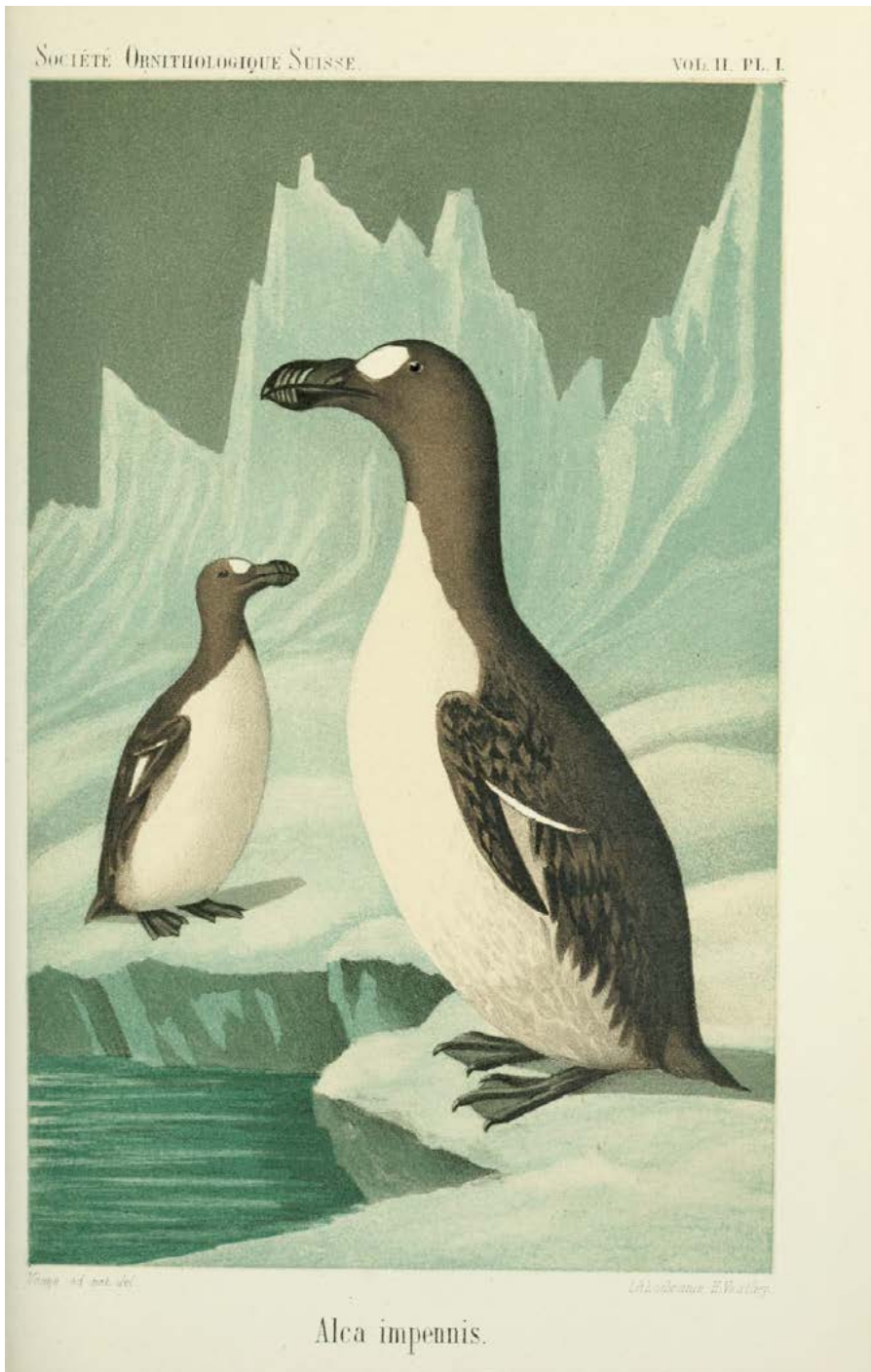


Figura 1. *Alca impennis*, tomado del *Bulletin de la Société ornithologique suisse*, tomo 2, 1870.

de los hombres.⁷ En palabras de von Baer, la asociación de los fósiles con los periodos geológicos,⁸ confinaba el proceso de extinción al pasado remoto.

Sumado a ello, en 1860 persistía la pregunta acerca del papel de la humanidad en la obliteración de las especies: se trata de una fecha muy cercana a la siempre mencionada para la aceptación de la coexistencia de los grandes mamíferos extinguidos (mamut, rinoceronte lanudo, etcétera) con la humanidad prehistórica a la cual, por otra parte, también se empieza a ver como un factor posible del exterminio de la fauna del periodo cuaternario o diluvial.⁹ Gracias al hallazgo de restos arqueológicos (es decir, de actividad humana) en las capas del Post-Pleistoceno, en 1865 el geólogo inglés Charles Lyell redefinió el inicio del «Intervalo Reciente» como el momento en el cual todos los mamíferos representados en el registro se observaban vivos en la actualidad.¹⁰ En un contexto caracterizado por la reformulación de la clasificación de los periodos geológicos más modernos, la aceptación, al estilo de von Baer, de la coexistencia humana con especies extinguidas en el periodo histórico significaba también una invitación a pensar los límites y la entidad del «Reciente» como un intervalo del Cuaternario que, por otro lado, en 1911 recibió el nombre de Holoceno.

Por el lado de los ornitólogos europeos —preocupados, sobre todo por las especies vivas— se aceptaba que muchos pájaros, motivo de sus desvelos, apenas si se conocían fuera del círculo de naturalistas. Así, hasta 1840, un exiguo número sabía de la existencia de un ave no voladora que, en inglés, recibía el nombre de «*Great Auk*» o «*Garefowl*»¹¹ y que, hasta hace poco, era fuente de grasa y alimento

7 Nicolaas Rupke, «“The End of History” in the Early Picturing of Geological Time», *History of Science* 36 (1998): 61-90.

8 Richard Owen, *Palaeontology or a Systematic Summary of Extinct Animals and their Geological Relations* (London: A. and C. Black, 1861).

9 Glyn Daniel, *The Idea of Prehistory* (London: C.A. Watts, 1962); Claudine Cohen y J. J. Hublin, *Boucher de Perthes (1788-1868). Les origines romantiques de la préhistoire* (Paris: Belin, 1989); Donald Grayson, *The Establishment of Human Antiquity* (New York: Academic Press, 1983); A. Bowdoin Van Riper, *Men among the Mammoths: Victorian Science and the Discovery of Human Prehistory* (Chicago: University of Chicago Press, 1993).

10 Stephen Walsh, «The Neogene: Origin, Adoption, Evolution, and Controversy», *Earth-Science Reviews* 89 (2008): 42-72.

11 Symington Grieve, *The Great Auk, or Garefowl (Alca impennis, Linn.) Its History, Archaeology, and Remains* (London: Thomas Jack, 1885); Newton, «The Gare-Fowl».

de los marineros de las rutas del Atlántico norte y de especímenes para el arte de la taxidermia y el mercado de objetos de historia natural. Para la década de 1850, la supervivencia del alca gigante era dudosa; aunque, en realidad, sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, ya había desaparecido. Los ornitólogos británicos justificarían ese descuido de la siguiente manera: «el proceso de exterminio, por lo general, no despierta interés hasta que el sino de la víctima se ha sellado».¹² Sin embargo, la invisibilidad de las extinciones históricas no se debía a una mera distracción o a una voluntad de ignorancia: para identificar ese proceso hubiese sido necesario la coordinación de observaciones de algo que nadie esperaba pero que estaba ocurriendo en un tiempo corto y en un área geográfica de amplias dimensiones. La evidencia del proceso de la extinción en tiempo histórico, como veremos, solo pudo obtenerse a través de la combinación de hallazgos arqueológicos imprevistos y de la compulsión de fuentes históricas y etnográficas.

A diferencia de la enorme cantidad de especies fósiles que el siglo XIX supo crear con los restos procedentes de los estratos geológicos más antiguos, el número de especies extinguidas en las épocas históricas era pequeño. Las fuentes escritas mostraban una naturaleza más bien conservadora, donde las cosas se mantenían constantes. Karl von Baer, con agudeza de historiador, supo leer esa constancia con ojo crítico y reconocer que esa aparente estabilidad se debía a cuestiones filológicas y culturales, es decir, a la fragmentación lingüística y a la falta —hasta fines del siglo XVIII— de un registro sistemático comparable y universal.¹³ Así, la transferencia de los nombres de los animales de una tradición lingüística, de un campo de experiencia a otro, creaba continuidades en tiempo y espacio, supervivencias, donde, de hecho, no había tal cosa. El caso de la transferencia del nombre «pingüino» —una de las designaciones locales del alca gigante del Atlántico norte— al pájaro de características análogas propio del hemisferio sur servía para entender el porqué de las cosas y que —aparentemente— siguiera existiendo más allá de la desaparición del recipiente original del mismo.

12 Newton, «The Gare-Fowl», 467.

13 Vera Keller, «Nero»; Martin J. Rudwick, *Georges Cuvier, Fossil Bones, and Geological Catastrophes: New Translations and Interpretations of the Primary Texts* (Chicago: University of Chicago Press, 1997); también en *Bursting the Limits of Time. The Reconstruction of Geohistory in the Age of Revolution* (Chicago: University of Chicago Press, 2007).

Para revelar la falsedad de esa sensación de estabilidad y permanencia debían combinarse los métodos de la filología, la historia y la paleontología.¹⁴ Von Baer no había sido el primero: los trabajos clásicos de Martin Rudwick han destacado esa relación constitutiva entre la anatomía comparada y las humanidades pero, además, los aportes de Vera Keller sugieren que esa relación es incluso anterior a la emergencia de esas disciplinas. Así, refiriéndose a la planta denominada silfio o laserpicio que, en la Antigüedad, crecía y se comercializaba desde Cirene (actual Libia) esta autora analiza las herramientas y tecnologías de papel desarrolladas en los inicios de la Modernidad para lidiar con las «cosas perdidas», con esas partes de la naturaleza desaparecidas, imposibles de observar en la experiencia cotidiana pero que aparecen bajo otra forma. Keller señala que, como los protagonistas de este trabajo, los renacentistas, buscando definir un corpus de referencia, apelaron a las fuentes más diversas como la colección de monedas antiguas, la evidencia literaria y los especímenes de plantas vivientes. Von Baer, por su parte, definió el año de 1766 (fecha de la publicación de la 12^{ava} edición del *Systema naturae* de Lineo) como el inicio fiable del registro histórico de los animales vivientes. También podía confiarse en algunos grabados del Renacimiento y, de ese modo, el registro extenderse hasta esa época. Pero no mucho más. El resto de la historia de los animales y de su convivencia con los hombres desde que estos habían entrado en escena, transitaba el sendero de la duda.

Sin embargo, como resultado de lo que podría llamarse el modelo arqueológico danés,¹⁵ en los años de la conferencia de von Baer ya había empezado a constituirse otro tipo de evidencia empírica para probar el carácter actual del proceso de extinción. No por nada, von Baer publicaba la traducción de un trabajo en que presentaba, por un lado, los materiales obtenidos en diversas excavaciones

14 «Im Laufe weniger Jahrhunderte wird sie [die Zahl der Arten, deren Aussterben in historischer Zeit nachgewiesen werden kann] viel ansehnlicher sein, wenn man nicht Vorkehrungen künstlicher Schonung trifft». («Salvo que se introduzcan precauciones de orden artificial, en pocos siglos, el número improbable de especies extinguidas en tiempos históricos será mucho más notable.») En: von Baer, «Über das Aussterben», 382. [Esta y todas las traducciones son de la autora].

15 Ver Peter Rowley-Conwy, *From Genesis to Prehistory. The Archaeological Three Age System and its Contested Reception in Denmark, Britain, and Ireland* (Oxford: Oxford University Press, 2007); Kasper Risbjerg Eskildsen, «The Language of Objects: Christian Jürgensen Thomsen's Science of the Past», *Isis* 103.1 (2012): 24-53.

realizadas en Dinamarca y en varias islas del Atlántico norte, y por otro, la revisión de las colecciones y los diarios de viaje de más de un ballenero, capitán o naturalista de profesión. Así, mientras que las palabras, los nombres y las imágenes procedentes del pasado más o menos reciente inspiraban cierta inseguridad, la solución vendría de las manos de las herramientas de la arqueología prehistórica. Esa nueva ciencia de analfabetos, en palabras de los arqueólogos clásicos, a pesar de su desconocimiento filológico, haría hablar a los huesos y a las piedras, ofreciendo un puente entre la historia y la geología:

Las antigüedades representan un papel similar al de los fósiles; así, si Cuvier consideró que el geólogo era un anticuario de un Nuevo orden, podemos invertir ese dicho notable y definir al anticuario como un geólogo que con su método reconstruye las primeras edades de la humanidad antes de todo recuerdo, en ese momento que puede ser llamado historia prehistórica. Esto es la verdadera arqueología. Que no se detiene con el comienzo de la historia: cuanto más retrocedemos en nuestras investigaciones históricas, más incompletas se vuelven, lagunas que pueden ser salvadas gracias al estudio de los restos materiales. La arqueología, por lo tanto, continúa paralelamente al curso de historia, dos ciencias que se iluminan mutuamente. Pero con el progreso de la historia, la importancia de la arqueología va disminuyendo, hasta que la invención de la imprenta casi pone fin a las investigaciones de los anticuarios.¹⁶

De ese modo, la «historia prehistórica» creaba un registro material de la fauna existente con anterioridad al inventario sistemático iniciado en el siglo XVIII. La excavación de los llamados sitios prehistóricos descubrió, además de los

16 Traducción del siguiente párrafo: «Antiquities enact a similar part to that of the fossils; and if Cuvier calls the geologists an antiquarian of a new order, we can reverse that remarkable saying, and consider the antiquarian as a geologist, applying his method to reconstruct the first ages of mankind previous to all recollection, and to work out what may be termed pre-historical history. This is *Archaeology* pure and proper. But *Archaeology* cannot be considered as coming to a full stop with the first beginning of history, for the further we go back in our historical researches, the more incomplete they become, saving gaps, which the study of material remains, helps to fill up. *Archaeology*, therefore, pursues its course in a parallel line with that of history, and henceforth the two sciences mutually enlighten each other. But with the progress of history the part taken by *Archaeology* goes on decreasing, until the invention of printing almost brings to a close the

instrumentos y los huesos de los antiguos humanos, el despojo de los animales que habían convivido con ellos, como el megaterio en América y el mamut y el rinoceronte peludo en la Europa glacial, una fauna cazada, comida y utilizada por la humanidad y sepultada en el sedimento anterior a la aurora de la historia.¹⁷ Ningún naturalista, ningún humano vivo en el siglo XIX (los del XX, tampoco) vio jamás a estos animales con propios ojos: su reconstrucción y su apariencia son meras hipótesis que surgieron de analizar los fragmentos según los principios de la anatomía comparada y la posibilidad de reunir formas con funciones según las analogías observables en el presente.¹⁸

Las excavaciones de los sitios prehistóricos y protohistóricos descubrieron, asimismo, huesos de especies que habían sobrevivido hasta épocas no muy lejanas a las nuestras. Algunos acuñaron la categoría de «fósiles recientes» para designar los restos de los animales que llegaron a ser observados aún en los primeros años del sistema linneano pero que desaparecieron antes de ser descritos con los parámetros de los inicios del siglo XIX, es decir, la anatomía comparada de dientes, patas y cráneos.¹⁹ De estos animales, por otro lado, quedaron algunos testimonios del color de sus plumas, de su piel, de sus sonidos, del gusto y la textura de su carne. Las memorias escritas o atesoradas por pescadores, capitanes, cazadores, cocineras y marineros guardaban nombres e indicios de cómo se movían, nadaban o volaban. Habían sido tocados, cazados, vendidos en el mercado y servidos en la mesa por los contemporáneos, los abuelos o los padres de la

researches of the antiquarian». Tomado de Adolphe Morlot, «General Views of Archaeology», traducido por Philip Harry, *Annual Report Smithsonian Institution* (1861): 285.

17 Claudine Cohen, *La méthode de Zadig. La trace, le fossile, la preuve* (París: Seuil, 2011); Irina Podgorny, *Los senderos del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina* (Rosario: Prohistoria, 2009).

18 José María López Piñero y Thomas F. Glick, *El Megaterio de Bru y el Presidente Jefferson: una relación insospechada en los albores de la paleontología* (Valencia: Universidad de Valencia, 1993). Ver también Irina Podgorny, «The “Non-metallic Savages”. The Use of Analogy in Victorian Geological Archaeology and French Paleoethnology: Its Reception in Argentina at the Turn of 19th Century», en *Vergleichen als archäologische Methode. Analogien in den Archäologien, mit Beiträgen einer Tagung der Arbeitsgemeinschaft Theorie (T-AG) und einer kommentierten Bibliographien*, editado por Alexander Gramsch (Oxford: BAR International Series 825, 2000): 19-38.

19 Rudwick, *Georges Cuvier; Fossil Bones, and Geological Catastrophes*.

generación de von Baer, Richard Owen y Charles Darwin. Los sedimentos conservaban sus restos pero también estaban en los libros, las palabras, las colecciones hechas al azar, juntando todo sin calcular que lo que hoy abunda, mañana podía desaparecer. Sus cueros, sus plumas, sus huevos, salvados del plato y de la olla, podían estar en alguna colección, pública o privada. La evidencia de la extinción histórica surgiría, literalmente, de las cenizas del pasado reciente, combinando las prácticas del naturalista con las del historiador para definir cómo registrar la desaparición de esas entidades naturales que nunca volverían a ser observadas vivas, algo que ocurría en una escala de tiempo y espacio bastante inabordable para los métodos de la época. En otras palabras, cómo ver el proceso por el cual el presente se transformaba en pasado.²⁰

EL ALCA GIGANTE

Von Baer sostenía que la paleontología de la extinción histórica debía recurrir a las prácticas de la arqueología y de la historia, al dominio de varias lenguas europeas, al trabajo de campo y a la investigación etnográfica.²¹ En particular, se apoyaba en el trabajo desarrollado en Dinamarca y Suecia por los zoólogos Sven Nilsson (1787-1883) y Japetus Steenstrup (1813-1897), dos nombres ampliamente conocidos entre los historiadores de la arqueología prehistórica. Sus investigaciones, sin embargo, no se limitaban a esa disciplina y cruzaban las fronteras que estructuran la vida universitaria del presente. Sus colecciones convocaban a los zoólogos de toda Europa, con quienes intercambiaban datos, objetos, dibujos y correspondencia. Sus obras, por otro lado, se traducían al inglés, francés y alemán, no solo porque contenían evidencias de los mundos prehistóricos sino también porque, gracias a los métodos que utilizaban, se habían vuelto una referencia ineludible para entender la extinción reciente.²² Ambos basaban su trabajo en la

20 Irina Podgorny «Requiem, oder (Aus-) Sterben in historischer und geologischer Zeit. Knöchelverzeichnis KV 626», *Archiv für Mediengeschichte* 18 (2018): 129-142.

21 von Baer, «Über das Aussterben», 399-490; Irina Podgorny, «Recyclen. Vom Schrott der Ausrottung zur Ökonomie der (Sub)Fossilien», en *Sammlungsökonomien. Vom Wert wissenschaftlicher Dinge* (Berlín: Kadmos, 2016), 23-46.

22 Rowley-Conwy, *From Genesis*.

excavación y en el análisis de los restos de la flora y la fauna recuperada y asociada a la actividad humana, un modelo de trabajo que, como veremos, se difundió en un espacio transatlántico definido por las redes coloniales y las pesquerías en el Kattegat, el Mar del Norte, las islas escocesas, Islandia, Groenlandia, Terranova y Labrador. Reuniendo prácticas de la lingüística, la historia, la zoología, la etnografía y la geología fue llevado al Océano Índico y a la recuperación de los restos de otras aves recientemente extinguidas.

Tanto Nilsson como Steenstrup están ligados a dos innovaciones para el estudio de la cultura material de la prehistoria: la comparación etnográfica y la excavación estratigráfica de los llamados concheros o *Kjokkenmoeddinger* de la costa danesa.²³ Nilsson, profesor de la Universidad de Lund, especializado en zoología, era un experto cazador. En la segunda edición de su obra sobre las aves de Suecia, había incluido una historia de la caza y de la pesca desde los tiempos prehistóricos.²⁴ Asimismo, en la década de 1820, había empezado a coleccionar utensilios relacionados con estas actividades recurriendo a la descripción de la tecnología usada por los cazadores-recolectores contemporáneos para explicar los usos de los instrumentos del pasado. Por otro lado, Steenstrup, profesor de zoología de la Universidad de Copenhague, inventó el término *Kjoekkenmoedding* (desechos de cocina) para designar los depósitos o pequeñas colinas formadas por conchas marinas que se encontraban en las costas de Dinamarca. De origen humano, se usaron como «verdaderos museos del reino animal, museos de la fauna encontrados por los seres humanos que llegaron a poblar el país».²⁵

En 1847, los investigadores daneses empezaron a investigar esos depósitos, de los cuales, luego de diez años de excavación cuidadosa, obtuvieron cerca de 10 mil especímenes óseos, cada uno etiquetado con su procedencia exacta. Estos

23 En 1842 Steenstrup presentó la secuencia estratigráfica de la vegetación preservada en turberas, ver Rowly-Conwy, *From Genesis*. Sobre el impacto de las investigaciones de Steenstrup en la geología y prehistoria de Gran Bretaña, ver Leonard G. Wilson, «A Scientific Libel: John Lubbock's Attack upon Sir Charles Lyell», *Archives of Natural History*, 29 (2002): 73-87.

24 Sven Nilsson, «Utkast till jagtens och fiskets historia på Skandinavien», en *Skandinavisk Fauna: Foglarna*. (Lund: Berlingska Boktryckeriet, 1835), xxi-lii («An Account of the History of Hunting and Fishing in Scandinavia»: la traducción de esta pieza fue obra de Denise Bode del Museum für Naturkunde en Berlín).

25 «Real zoological museums of the animal kingdom, of the fauna, which man found on arriving in the country.» En: Morlot, «General Views», 292.

residuos culinarios unirían el pasado geológico con el periodo histórico conectando la arqueología de distintas regiones. Los concheros se detectaron en varios fiordos y brazos marinos y su excavación reveló la presencia de especies inexistentes en la Dinamarca del siglo XIX, tal como el urogallo común (*Tetrao urogallus*) y un pájaro que se parecía al gran pingüino descrito por Buffon (*Alca impennis* o alca gigante).

Este hallazgo inesperado de un representante de la familia de los Alcidae (alcas) en Dinamarca generó el problema de cómo probar que se trataba, en efecto, de ese grupo de aves. Mientras que los residuos de la basura danesa indicaban que unos 3.000 o 4.000 años atrás, los habitantes de la región se deleitaban comiéndolas, la Europa decimonónica desconocía su uso y su sabor. En la región, por ejemplo, el único registro de un alca databa de 1790, capturado entonces en el puerto de Kiel.²⁶ Steenstrup, empeñado en demostrar que los huesos hallados eran de *Alca impennis* —y que en el pasado la distribución de esta ave había sido muy diferente a la actual—, revisó las colecciones existentes descubriendo que los ejemplares y cueros conservados carecían de esqueleto. Sin colecciones de referencia, los restos de los concheros se volvían inidentificables.²⁷

Una contingencia salvaría el problema: en 1841, el naturalista Pietro Stuvitz fue enviado a Terranova por el gobierno noruego para relevar el estado de las pesquerías de bacalao. En su informe mencionaba a unos pájaros llamados «pingüinos» que, en gran número, frecuentaban los bancos y anidaban en las islas de costa. Sus superiores, sabiendo que no había pingüinos en el hemisferio norte, dudaron de la veracidad de sus palabras. Stuvitz, por su parte, visitó la isla Funk, donde se proveyó de unos huesos que despacharía a Noruega para demostrar sus observaciones. Allí se constató que eran restos del alca gigante, el material que Steenstrup necesitaba para identificar los hallazgos europeos, la base de su trabajo de 1855. El hallazgo arqueológico de *Alca impennis* en Dinamarca activó no solo la necesidad de contar con los huesos del ave sino también la conciencia de su escasez contemporánea (figura 2).

26 Grieve, *The Great Auk*.

27 La mayoría de las «pieles» [como, en taxidermia, se denominan las pieles disecadas de las aves sin montar] y huevos de las colecciones europeas proceden de Reykjavik, obtenidas probablemente a través de los marinos y cazadores de aves que frecuentaban los islotes islandeses. Uno de los procedimientos de taxidermia usados era el de las hermanas Thomsen y Lewer, quienes, según Newton, abrían el ave por debajo del ala y rellenaban las pieles con heno mientras envolvían los huesos con cáñamo (*hemp*).



Figura 2. "Momia" de alca procedente de la Isla Funk (Archivo de Alfred Newton)

Paralelamente, el alca gigante despertaba el interés del coleccionista de huevos John Wolley (1823-1859), un inglés que había conocido a Steenstrup en Copenhague en 1856. En abril de 1858, Wolley y el ornitólogo británico Alfred Newton (1829-1907) se embarcaron rumbo a Islandia para determinar el estado de la especie.²⁸ Se dieron cuenta que, desde fines de la década de 1830,

28 Alfred Newton, «Memoir of the Late John Wolley», *The Ibis* 2 (1860): 172-185. Sobre Newton, ver Henry Cowles, «A Victorian Extinction: Alfred Newton and the Evolution of Ani-

había indicios de la merma de las poblaciones ya desaparecidas de las costas de Noruega, de Islandia y de las islas Farøe. Wolley y Newton permanecieron varias semanas en Reykjavik para luego dirigirse a un poblado cercano a un islote donde las alcas habían sido vistas por última vez. Allí, durante dos meses, esperaron que las condiciones del mar y del tiempo les permitieran explorar la zona. Fracasado el intento, regresaron no sin antes detenerse en las Färoe. Wolley moriría poco después, legando sus colecciones de huevos al museo Norwich y sus manuscritos a Newton, quien se encargaría de publicar sus notas sobre el alca gigante, la monumental *Ootheca wolleyana* y su convocatoria para promover el registro o censo de las aves inglesas en existencia.

En sus viajes, Wolley y Newton recogieron testimonios de los habitantes locales y materiales para estudiar la distribución pasada del alca, determinar el número de aves faenadas, los sitios de anidamiento y de caza u observación que los informantes recordaban. Newton dividió la evidencia en dos clases: documental (procedente de las bibliotecas de Islandia) y oral, obtenida de una centena de testigos. Esta última, a su vez, procedía de la experiencia directa o de las tradiciones contadas por otros.²⁹ Newton, en su artículo, reconocía que aún entre las personas dispuestas a colaborar, era imposible encontrar dos que relataran el mismo suceso de igual manera. Wolley, por su parte, tomó notas «de la manera más concienzuda, habiendo recurrido a un intérprete». Con todas estas precauciones sobre las contradicciones de los informantes y los problemas de comunicación, Newton remarcaba la naturaleza elusiva de la evidencia. Lejos de un hecho que podía ser observado y evaluado «directamente», la extinción o supervivencia de una especie se volvía una cuestión a resolver a través de la crítica histórica y etnográfica, confrontando y reexaminando las versiones fragmentarias y opuestas de los testigos. Las dudas, las imprecisiones, no obstante, persistían, al igual que la esperanza de encontrar el ave viva en algún islote remoto del océano boreal. La idea de extinción, a decir verdad, había sufrido la misma suerte: el mundo era grande, la observación de los sucesos locales fragmentada y la desaparición de una especie en un lugar podía deberse no a su desaparición absoluta sino a las migraciones, los desplazamientos, las mudanzas o a la existencia de refugios naturales más allá de los confines de la actividad humana (figuras 3, 4 y 5).

mal Protection», *The British Journal for the History of Science* 46.4 (2013): 695-714.

29 Alfred Newton, «Abstract of Mr. J. Wolley's *Researches in Iceland respecting the Gare-fowl or Great Auk* (Alca impennis, Linn.)», *The Ibis* 2 (1860): 377.

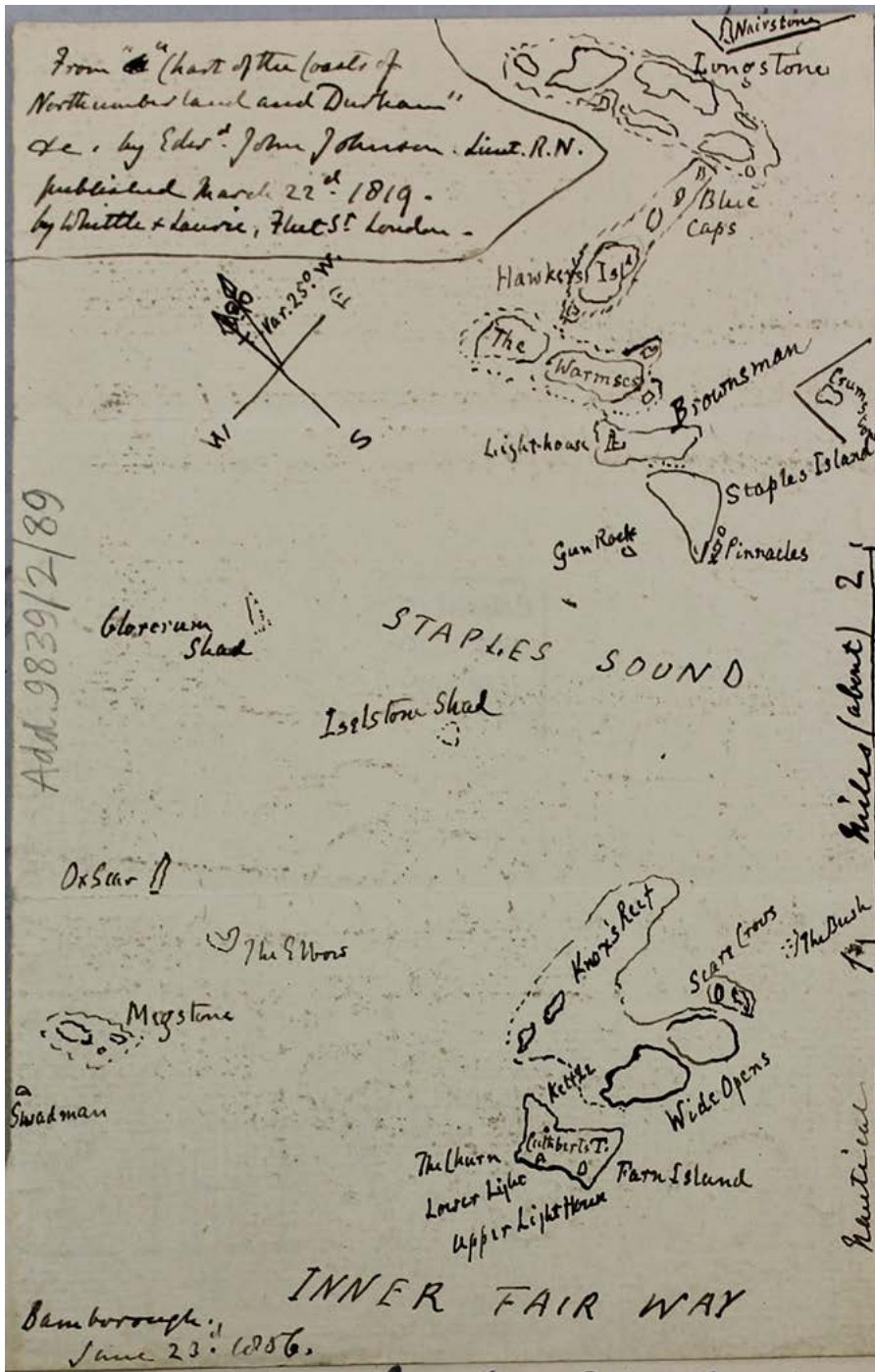


Figura 3. Copia del mapa publicado en "Description of the coasts of Northumberland and Durham from Sunderland point to Berwick, etc. Composed to accompany the new chart of this navigation, constructed by the surveys by lieut. Edward J. Johnson" (London: James Whittle and R. H. Laurie, marzo de 1819). Archivos de Alfred Newton (Universidad de Cambridge).

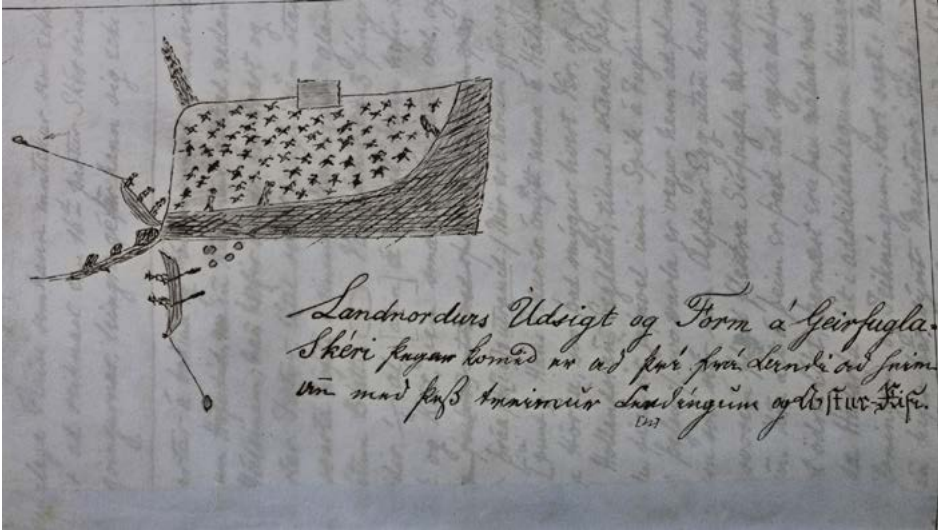


Figura 4. Esquema que muestra la forma de llegar a los nidos de las alcas (Archivo de Alfred Newton, Universidad de Cambridge).



Figura 5. Un islote, antiguo hábitat del alca gigante (Archivo Alfred Newton, Universidad de Cambridge).

El carácter elusivo y contradictorio de la evidencia surgía también en relación con los acontecimientos geológicos y a la determinación de los sitios de anidamiento de las aves. La actividad volcánica modelaba el paisaje permanentemente y muchos pensaban que las islas y escarpados, donde las aves solían anidar, se habían hundido y emergido varias veces, sometidas a los humores volcánicos de la zona. Newton, Wolley y el estudiante inglés William T. Preyer (1841-1897) investigaron en los anales históricos de Islandia los episodios volcánicos que podían correlacionarse con el destino de esta especie.³⁰ Datadas históricamente, la erupciones se incorporaron a la cronología de la historia del alca, incorporando una vez más, las prácticas de la historia al estudio del devenir de las especies. Preyer identificó las erupciones del Cabo Reykjanes registradas desde el año 1219. En 1240, durante la octava erupción histórica, emergieron varias islas que luego desaparecieron. La erupción número 12 había sido en 1830. Fue en ese momento cuando el mar se tragó la roca donde anidaban las alcas a salvo de la presencia humana. Según Preyer, esto tuvo consecuencias catastróficas: sin esa protección, las aves buscaron refugio en un sitio fácilmente accesible desde tierra firme.³¹ No obstante, Newton dudaba no solo de estos datos sino también de la supuesta aparición, en ese mismo año, de una colonia de aves en Eldey, el sitio icónico donde, en 1844, se habría matado al «último casal» de la especie.³²

A Newton, sin embargo, lo convencería otro tipo de evidencia: al día siguiente de su llegada al Cabo Reykjanes, Wolley encontró, en un montículo de arena suelta, dos o tres huesos del ala de un ave. Según Newton: «de inmediato reconoció la semejanza con las figuras que ilustraban la obra de Steenstrup, ese trabajo tan valioso que no dejó de estar a mi lado mientras compilaba estas notas».³³ Ambos compararon los huesos con los grabados de la obra de Steenstrup y se dieron cuenta que, si querían dilucidar el problema, debían dedicarse a recolectar

30 Sobre William Preyer, ver <http://vlp.mpiwg-berlin.mpg.de/people/data?id=per299> (Consultado el 3 de mayo de 2019).

31 William Preyer, *Über Plautus impennis (Alca impennis L.) von der philosophischen Fakultät zu Heidelberg genehmigte Doctordissertation* (Heidelberg, 1862).

32 Estos especímenes fueron vendidos a una familia de prácticos en 9 libras. Ellos, por su lado, los revendieron a un farmacéutico de Reykjavik, quien preparó sus cueros.

33 «He was at once struck with their likeness to the figure illustrating Professor Steenstrup's paper –that valuable paper [...] which has been constantly at my side while compiling this abstract of Mr. Wolley's notes.» En: Newton, «Abstract», 394-395.

cuanto hueso encontrarán. Excavaron en los pozos de residuos de los habitantes locales, pero, contrariamente a lo ocurrido en Dinamarca, allí no había restos avícolas. Los hallazgos provendrían de los muros que marcaban el campo de la iglesia, donde los huesos de alca se usaban como componente del mortero usado para ajustar las piedras. El muro resultó un yacimiento extremadamente fértil en el cual lograron cosechar los huesos de por lo menos ocho individuos, muchos con marcas de cuchillo. Contrariamente a la imprecisión de las fuentes documentales, los huesos demostraron que *Alca impennis* había vivido en las cercanías pero que ahora solo quedaba el despojo de su existencia. Newton, un optimista, confiaba de todos modos en el porvenir.

TRAS LOS FÓSILES RECIENTES

El tiempo pasaba sin que nadie regresara habiendo avistado un alca en altamar. Nada. Solo sus huesos y nada más. Pragmáticamente, los zoólogos decidieron ir por ellos, a buscarlos en los lugares donde aún era factible hallarlos, en los sitios de anidamiento, donde habían sido asaltados por los marineros y los pescadores, por un lado, y en la basura del pasado reciente, una opción marcada por los restos hallados por Stuvitz en América y por los daneses en los concheros. Alfred Newton se dirigió entonces a varios corresponsales de Nueva Escocia para interesarlos en este asunto. Gracias a la intermediación del Obispo de Terranova, en 1863, un reverendo envió una momia y algunos huesos recuperados de la isla Funk durante la remoción de su suelo, que cargado de materia orgánica, se vendía como abono en Boston y en otras ciudades norteamericanas. La explotación del sedimento de la isla llevó al descubrimiento de otros huesos y de varias momias conservadas gracias al frío de las capas internas de la tierra. Dos partieron hacia Inglaterra, una de ellas fue descrita por Richard Owen,³⁴ la segunda fue preparada como esqueleto y depositada en las colecciones del Museo Británico.³⁵

El modelo de las excavaciones arqueológicas danesas se expandió así al Atlántico norte y a otras colonias británicas. Alfred Newton, gracias a la intervención de

34 Richard Owen, «Description of the Skeleton of the Great Auk, or Garfowl, (*Alca impennis*, L.)», *Transactions of the Zoological Society of London* 5 (1865): 317-335.

35 Newton, «The Gare-Fowl», 484-485.

su hermano mayor, activó las redes administrativas de Mauricio, Rodrigues y Seychelles para que buscaran restos de dodo y del solitario, especies que se habían extinguido dejando aún menos restos que el alca.³⁶ En febrero de 1865, Alfred Newton anunciaba el arribo de tres huesos y, con entusiasmo, desafiaba a encontrar otros despojos del dodo y sus congéneres.³⁷ Su pedido fue un éxito: poco después, el magistrado de Rodrigues mandaba una caja a Mauricio repleta de huesos de tortuga y de pájaros obtenidos en las excavaciones de unos basurales.

Edward Newton, el hermano de Alfred, se ocupó de ordenarlos contabilizando por lo menos unos 16 o 17 individuos de la misma especie pero de diferente tamaño, una diversidad atribuida al sexo. Un par de patas permanecieron en Mauricio, el resto viajó a Londres, sirviendo para gestionar dinero para la realización de otras excavaciones que demostrarían que el modelo danés también funcionaba en las islas del Índico. Newton no dejaba de comparar estos hallazgos con los de los concheros europeos en términos de expectativas y posibilidades:

Desearía mucho no haber llegado a esta conclusión; porque, según la experiencia de los arqueólogos daneses, las posibilidades de obtener, no diré un esqueleto completo, pero, por lo menos, una serie para componer un espécimen perfecto con cada hueso del esqueleto, está muy disminuida, ya que hay huesos que, creo, en estas circunstancias nunca van a ser hallados.³⁸

No solo eso, los investigadores daneses participaron en la evaluación de esta evidencia, estudiando las huellas humanas presentes en los huesos de Rodrigues. Newton, aprovechando una visita de Steenstrup a Inglaterra, le mostró su

36 Alfred Newton, «On Some Recently Discovered Bones of the Largest Known Species of Dodo (*Didus Nazarenus, Bartlett*)», *The Annals and Magazine of Natural History* 91 (July 1865): 61-63.

37 John B. Kyshe, E.C. Ashley y D. P. Garrioch, *The Mauritius almanac and colonial register* (London: E. Dupuy & P. Dubois, 1871).

38 “I much wish I was not compelled to come to this conclusion; for, if it be so, the experience of the Danish archaeologists shows that the chances of obtaining, I will not say a complete skeleton, but such a series as would contain a perfect specimen of every bone in the skeleton, are very much diminished, since some bones there are which, I believe, are never found under these circumstances.” En: Alfred Newton, «On a Remarkable Discovery of Dicine Bones in Rodri-

colección índica y este, como había hecho con los restos de sus concheros, corroboró que los despojos mostraban marcas de haber sido comidos por los hombres o algún otro animal. El éxito no podía ser más rotundo: en diciembre de 1865, A. Newton anunciaba el descubrimiento de huesos de dodo (*Didus ineptus*) en Mauricio que pronto llegarían a Londres para ser rematados en el mercado de objetos de historia natural.³⁹ Una historia repetida y conocida: la búsqueda de huesos para los museos de zoología generó, una vez más, una actividad mercantil y un nuevo bien para comerciar (figura 6).⁴⁰

COMENTARIOS FINALES: CÁSCARAS DE HUEVO Y TELEOLOGÍAS VICTORIANAS

La evidencia de la extinción histórica surgió, en parte, de los basureros domésticos de los pescadores y cazadores históricos y protohistóricos. Estos, a su vez, empezaron a ser concebidos como fuentes de evidencia del pasado humano coincidentemente con el surgimiento de los nuevos modelos para administrar la basura de las ciudades y la industria, es decir, con la idea de acumulación, reutilización y transformación de lo que había sido descartado del uso cotidiano. En ese contexto, la basura del pasado reciente y los restos de las especies extinguidas por el impacto de la sobreexplotación, volvieron a renacer, reincorporadas a la vida económica, ahora como objetos de lujo y/o joyas de una colección zoológica.

Para mediados de la década de 1860, *Alca impennis* había ingresado en el mundo de la ficción y en las columnas del *Punch* y *The Times*. Como con el dodo de *Alicia en el país de las maravillas* (1865), para entonces, cualquier persona con

guez», *Proceedings of the Scientific Meetings of the Zoological Society of London for the Year 1865* (London: Longman, Green, Reader, and Dyer, 1865), 718.

39 Newton, «On a Remarkable Discovery », 732.

40 Irina Podgorny, «El camino de los fósiles. Las colecciones de mamíferos pampeanos en los museos franceses e ingleses», *Asclepio* 53.2 (2001): 97-115; Irina Podgorny, «Fossil Dealers, the Practices of Comparative Anatomy, and British Diplomacy in Latin America, 1820-1840», *British Journal for the History of Science* 46.4 (2013). Ver también: Delphine Angst y Éric Buffetaut, «Paul Carié, Mauritian Naturalist and Forgotten Collector of Dodo Bones», *Colligo* 3.3 (2020), <https://perma.cc/8WH4-VLSP>



Figura 6. Esqueletos de dodos y solitarios (Archivo de Alfred Newton, Universidad de Cambridge).

cierta educación sabía algo de estas aves.⁴¹ Desaparecidas de la faz de la tierra, reencontradas en los desperdicios orgánicos de los basureros prehistóricos y de la edad industrial, se transformaron en protagonistas de parábolas y en adorno de las residencias más aristocráticas. Así, mientras en la década de 1840, un huevo de alca gigante no alcanzaba a costar 30 chelines, en las subastas de fines de 1880 se llegó a pagar una fortuna en libras o, mejor dicho, en guineas, la unidad monetaria usada en la compra-venta de los objetos de lujo, como los purasangre, las obras de arte y los huevos —vacíos— de alca gigante.⁴²

Para entonces, ya era evidente que ningún animal volvería a poner jamás este tipo de huevo y que quien quisiera uno solo podría revolver en las colecciones hechas en mejores épocas o excavar en los desechos de los lugares donde el ave había vivido o anidado. Y así fue: para fines de siglo, la cantidad de material disponible se había multiplicado, tal como lo testimonian las listas e inventarios de huevos, huesos y cueros del alca y la evolución de sus precios en el mercado de objetos de historia natural.⁴³ Como Glenn Penny subrayó en sus trabajos sobre las colecciones etnográficas, en la década de 1870 —la doctrina de la escasez—, la idea de estar frente a algo que podría desaparecer, alimentó el deseo de los etnólogos de obtener esos objetos que serían consumidos por el inevitable curso del futuro.⁴⁴ Un discurso que, a su vez, fue utilizado para aumentar el valor comercial de esas cosas irremplazables, desencadenando la búsqueda desenfrenada de estos animales u objetos que había que coleccionar y proteger (figura 7).

41 Newton, «The Gare-Fowl», 467; Charles Kingsley, *The Water-Babies: A Fairy Tale for a Land-Baby* (London: Macmillan's Magazine, 1863).

42 Irina Podgorny, «Huevos a la victoriana. Extinción, coleccionismo y los circuitos del lujo: la colecciones de huevos en el siglo XIX», *Revista Museo* 28 (2016): 81-86.

43 Wilhelm Blasius, «Zur Geschichte der Überreste von *Alca impennis* Linn», *Journal für Ornithologie* (1884): 58-176. Ver R. A. Baker, «Going, Going, Gone: The “Durham” Great Auk», *Archives of Natural History* 26.1 (1999): 113-119; W. Bourne, «The Story of the Great Auk *Pinguinus impennis*», *Archives of Natural History* 20.2 (1993) 257-278; J.M. Gaskell, «A Review of Some Early Testimony from the New World in Respect of the Great Auk, *Pinguinus impennis*», *Archives of Natural History* 26.1 (1999): 101-112; Frank Steinheimer, «Walter Rothschild's Second Great Auk Skeleton: A History of its Posthumous Voyage», *Archives of Natural History* 29.3 (2002): 337-345.

44 Glenn Penny, *Objects of Culture: Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany* (Durham: University of North Carolina University Press, 2002).

CAMBRIDGE
UNIVERSITY
LIBRARY

Add. 9839/2/87

SALE NO. 10,029.

Sale to commence at Half-past Twelve o'Clock precisely.

BIRDS' EGGS

A CATALOGUE

of a further portion of the

COLLECTION OF EGGS

formed by the late Mr. L. FIELD ;

ABOUT 15 DOZEN BOXES FOR EGGS,

AN

EGG OF THE GREAT AUK,

Eggs from the Collection of Baron D'Hamonville,

BEARDED VULTURE, &c., from the Collection
of the late Robert Champley, of Scarborough,
and Duplicates from several Collections.

.....

WHICH WILL BE SOLD BY AUCTION BY

Mr. J. C. STEVENS,

AT HIS GREAT ROOMS,

No. 38, KING STREET, COVENT GARDEN, W.O..

On WEDNESDAY, 19th of JULY, 1899,

At Half-past Twelve o'Clock precisely.

On View the day prior from 10 till 4, and Morning of Sale, and Catalogues had of Mr. J. C. STEVENS, 38, King Street, Covent Garden, W.C.—If for the Country by enclosing postage Stamp.

Telegraphic Address—"AUKS, LONDON."

PETTIT & COX, Printers, &c., 23, Frith Street, Soho, W.

Figura 7 Huevos y catálogos (Archivo de Alfred Newton, Universidad de Cambridge).

El valor científico aumentaba el valor monetario y la extinción —inminente o ya ocurrida— no hizo más que disparar los precios de los pocos individuos que quedaban vivos en las islas del Atlántico norte. A tal punto que algunos autores sostienen que el alca recibió el golpe final procedente de una mano, anónima, pero dirigida por los coleccionistas.⁴⁵ Este tipo de argumento nos lleva de nuevo a la conferencia de von Baer, a su distinción entre la muerte de los individuos y la desaparición de las especies, a los debates sobre el papel de los humanos en el pasado y en el futuro. Así, para muchos, el factor humano combinado con las erupciones volcánicas y con el hecho de que el alca gigante solo ponía un huevo al año llevó a la población al límite de su capacidad de supervivencia. Otros, en cambio, le achacaban toda la responsabilidad, dando a entender que el destino de las especies había pasado de la naturaleza a la voluntad de *Homo sapiens*. En esa teleología, si los humanos podían exterminar, también podían crear los medios artificiales para prevenir las extinciones del futuro. Entre ellos, el registro y el inventario de la fauna salvaje que, de alguna manera, los convertiría en sujetos de la administración y de la decisión de regular su existencia.

La aparición en la basura de los siglos XVII y XVIII de los restos de esos animales que se habían extinguido delante de los ojos de los zoólogos sin darle siquiera tiempo a coleccionar sus esqueletos es un episodio que conecta las prácticas de la historia natural, la arqueología y la historia de las extinciones causadas por el hombre. En ese sentido, este ensayo no es más que una propuesta de vincular la emergencia de la arqueología geológica —así como la concepción de un pasado pre y protohistórico— con el contexto donde la explotación de la basura también empezaba a adquirir nuevas dimensiones científicas y comerciales. ¿Qué significó investigar e imaginar un pasado muy reciente en el cual la fauna había sido distinta, pero, al mismo tiempo sobrevivía en el recuerdo de los más viejos y en la basura acumulada en la puerta de la casa? ¿Cómo se concebía la temporalidad de esa extinción producida en el pasado inmediato y en un tiempo acelerado y cómo impactó esa temporalidad en las cronologías supuestamente lentas de los procesos de los tiempos profundos? Estas preguntas, sin duda, requieren nuevas maneras de pensar la historia de la arqueología y de la paleontología del siglo XIX. La respuesta, probablemente, haya que buscarla en los desechos de la temprana sociedad industrial. Animales exterminados incluídos.

45 Tim Birkhead, «How Collectors killed the Great-Auk», *New Scientist* 1927 (1994): 24-27.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo —escrito durante mi estadía en el Joukowsky Institute for Archaeology and the Ancient World de la Universidad de Brown y en la John Carter Brown Library gracias a una Beca Maria Cassiet— forma parte de los proyectos PIP-CONICET 0153 y PICT 2015-3534 (Préstamo BID) «La comercialización de la naturaleza». Mucho le debe a los comentarios de Máximo Farro, Alejandro Martínez, Maribel Martínez Navarrete, Margaret Lopes y Marco Tamborini, así como a la traducción de Denise Bode del texto de Sven Nilsson a un idioma que pudiera leer, es decir, del sueco al alemán. Pude consultar el archivo de Alfred Newton gracias al Georg Forster Humboldt Foundation Research Award, la generosidad del Prof. Stefan Rinke y el apoyo de Claudia Daheim (Lateinamerika Institut, FU, Berlin). Además, recibió el apoyo del servicio de préstamo interbibliotecario del Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia, las lecturas ocurridas durante mi estadía como becaria de la biblioteca John Carter Brown en 2017, y, sobre todas las cosas a los comentarios recibidos en el encuentro «Otros pasados» en el que pude participar gracias al proyecto «Dinosaurier in Berlin», PAN-Berlin Naturkunde Museum. Mención especial a los editores: Benjamin Anderson, Byron Ellsworth Hamann, y Felipe Rojas por sus comentarios y dedicación a pensar estos pasados imperfectos y anteriores del indicativo pero también del potencial.

La pregunta “¿A quién le pertenecen los restos del pasado?” se hace con frecuencia y con diversos grados de intensidad emocional y urgencia política. Quienes la hacen asumen—a menudo implícitamente—que hay un acuerdo general no solo en cuanto a lo que ha sido el pasado, sino también en cuanto a cómo, dónde, y hasta cuándo perdura ese pasado en el presente. Este libro plantea una serie de preguntas más básica: ¿Qué es lo que ha sido el pasado en otros tiempos o lugares? ¿Dónde se han hallado los rastros del pasado? ¿Cómo se han entendido y manipulado los vínculos que atan, por ejemplo, las ruinas, los huesos, y otros vestigios materiales en el presente con tiempos remotos?

Otros pasados es una invitación a explorar algunas de las muchas y diversas formas en las que los humanos han entendido y construido sus propios pasados—y los de otros. El libro reúne ensayos de antropólogos, historiadores y arqueólogos que trabajan en momentos y lugares diversos para explorar la variabilidad de la conciencia histórica humana. Estos ensayos incitan preguntas sobre los límites de este tipo de investigación académica: ¿Será posible reconocer y estudiar temporalidades e historicidades entre comunidades cuyas nociones de ontología, causalidad y agencia difieren fundamentalmente de las actualmente dominantes? ¿Si es así, cómo? Y más importante aún: ¿será posible entablar un diálogo con esos sistemas de conocimiento?